



Historias desde la cuna

Teresa Glikin

En un mundo cada vez más vertiginoso y competitivo, con estadísticas, curvas y mediciones de rendimiento, ser padres resultaría ser una variable más para evaluar, la que también deberá entrar en los parámetros de éxito o fracaso. ¿Esto será tan así? ¿Podremos encuadrar la maternidad-paternidad en este marco de máximas exigencias? ¿Responden los padres hoy, a tan alto nivel de “perfección”?

Trataré de ejemplificar estas cuestiones a través de una historia real, que se inició hace menos de un año:

ESCENA 1: El nacimiento

Dos hermanas dan a luz a sus respectivos bebés con horas de diferencia en el mismo sanatorio. Son visitadas por una amiga en común quién nos relata que en la HABITACIÓN I: La mamá está feliz de recibir visitas, el bebé duerme y se alimenta con el pecho de su madre. La mamá disfruta de sus experiencias con total naturalidad, recibiendo visitas y compartiendo este hermoso momento con el papá.

En la HABITACIÓN II: La mamá es excesivamente cuidadosa y prefiere que las visitas permanezcan en la sala contigua, que entren de a uno y preferentemente que no se acerquen al bebé. El papá se encarga de “limitar” el ingreso de las visitas. El bebé llora, está inquieto. No duerme de noche. Empieza a rechazar el pecho de su madre. Sus padres tenían puestas sus expectativas especialmente en la lactancia materna y ésta estaba revestida de un valor tan grande que daría cuenta de su “rendimiento” como padres.

ESCENA 2: A los 8 meses

El bebé de la HABITACION I continuó alimentándose con la leche de su madre. Resulta un niño que puede quedarse con su abuela u otra persona que lo cuide. Es un bebé sereno. Su madre pudo volver al trabajo, toma su tiempo para su cuidado personal y puede llevar a su hijo a reuniones sociales, en donde disfrutaban todos de su compañía.

Fue incorporando la mamadera y naturalmente, a los 8 meses, según palabras de su madre: “decidió él mismo su destete”. Esto no resultó angustiante para ella, pues lejos de sentirse rechazada, lo tomó como un signo de crecimiento de su hijo y de su progresiva independencia.

El bebé de la HABITACION II cuyos padres tanto querían que pudiera tomar pecho, no pudo lograrlo. Probaron de muchas maneras, pero cuanto más insistían, más ansioso se ponía el bebé. Esta imposibilidad fue sentida como frustrante y paralizante, lo que les impidió la búsqueda de otras alternativas satisfactorias en la crianza de su bebé. Es decir, que al no poder responder al hecho “ideal” de la lactancia materna, tan sobrevalorada, creyeron que su función como padres se vería seriamente perjudicada. No se sentían capaces de llevar adelante esta tarea. Se creó un clima de inseguridad en el vínculo con el bebé, poniéndolo como el causante de sus pesares. La vivencia de inquietud era mutua, tanto para los padres como para el bebé. Tomaba mamadera pero sólo si se la daban su mamá o su papá. No aceptaba la presencia de otras personas para su cuidado por lo que no podían ser reemplazados por una abuela ni por ningún personal de servicio. Su mamá no ha podido volver a su trabajo. No asiste a reuniones sociales. No puede ocuparse de su aspecto físico. Sigue siendo un bebé “molesto”, “nervioso”, llora mucho y no duerme bien de noche. Sus padres expresan su agotamiento ante esta situación.

ESCENA 3: Incorporando otros alimentos

Se encuentran las hermanas cuando los bebés han comenzado a comer puré. Le pregunta la mamá del bebé de la HABITACION II:

¿Cuántas cucharitas le pudiste dar?

Y la mamá del bebé de la HABITACION I le responde:- ¿Las tenía que contar? Ah, no sé! Se comió todo el plato.

En esta escena se hace evidente el modo en que cada una va transitando cada nueva etapa en el desarrollo del niño. Una, controlando y sintiendo la presión. La otra, distendida, con entusiasmo ante la novedad.

Esta historia recién comienza. Pero como vemos, el “recién” ya nos está marcando diferencias, reacciones significativas, que seguramente van a repercutir en el futuro comportamiento de estos niños, así como en el modo de vincularse de estas madres con sus hijos.

En los primeros encuentros entre padres e hijos se comienza a modelar el vínculo que existirá entre ellos.

¿Qué pasa con el ideal de “perfección”? ¿Qué pasa cuando necesitamos que todo sea como “corresponde”?

Tenemos que tener en cuenta que debemos dejar un margen para lo natural, para lo espontáneo, para conocer a ese ser y también conocernos y re-conocernos a nosotros mismos como padres. Como en toda comunicación humana, hay un “feed-back”, es decir, hay una respuesta a un estímulo. Si el papá transmite ansiedad, auto-exigencia, miedo a no hacer lo correcto, preocupación, el bebé reaccionará en consecuencia. Se creará un clima de tensión. El bebé aparecerá como lo describimos en el caso de la HABITACION II.

Lo contrario sucede con una conducta diferente de los padres. Ante un clima más relajado, de “dejarse llevar”, de permitir la sorpresa, de no tener “todo calculado”, el bebé, que es ya persona, que es un ser que siente, que percibe, que intuye, reaccionará devolviendo paz, tranquilidad, serenidad.

Si bien este ejemplo está tomado de la realidad, las conductas relatadas podrían considerarse marcadamente extremas. Entre una y otra de estas dos historias, se ubicarían una infinidad de situaciones intermedias, que no llegaríamos a considerar preocupantes o “problemáticas.” Es decir, no siempre se logra un equilibrio absoluto, pero se van corrigiendo posturas, a medida que se prueban distintos modos de aproximarse a lo que padres y bebés necesitan. Sin embargo, con mucha frecuencia los padres se acercan a consultar a los psicólogos cuando estas situaciones que parecen tan “insignificantes”, tan “pasajeras” se transforman en habituales e instalan

síntomas o se constituyen en conflictos que perturban a toda la familia, a medida que transcurre el tiempo. Son los hijos que “dan trabajo”, que son “rebeldes”, que “siempre se portó mal.” Es muy probable que se tienda a “calificar” al hijo, a “marcarlo”, a “rotularlo”, sin tener en cuenta que cada niño es el resultado de un proceso de comunicación que se inicia desde los primeros días de vida. Es decir, que aunque a veces resulte difícil de creer, cada hijo, aún con los mismos padres, será diferente de sus hermanos, se establecerá un feedback particular, será recibido en un momento distinto de la vida de la pareja, lo que se conjugará para configurar una relación única con sus padres y con el entorno. Mejor o peor según los casos, pero siempre singular.

La cuestión es que cuando un hijo toma el lugar del “problemático” y esto se va agravando con el tiempo, pareciera que no hubiera retorno. No dudo en asegurar que esto no tiene que ser necesariamente así.

Porque siempre se puede revertir este lugar que el niño ocupa, para reubicarlo en un espacio de salud y satisfacción, a través de un tratamiento psicológico que en algunos casos puede ser familiar, y en otros puede ser conveniente recurrir a una asistencia psicológica individual, con orientación para los padres.

Volveremos, ahora, para finalizar, a lo que me ha motivado a escribir estas líneas. Pues, si hay algo que enriquece la tarea del psicólogo, es su labor en el ámbito de lo que llamamos “prevención.” Prevención, tal como lo indica la palabra es prevenir, tratar de evitar el sufrimiento, lo que nos causa padecimiento, dolor, preocupación. Lo que nos impide crecer, desarrollarnos, avanzar. Es decir, que si podemos atender a las señales de alerta de algo que puede estar sucediendo en nuestra familia, será más fácil encontrar soluciones y alternativas a tiempo.

Todo lo que permita la reflexión, la anticipación, la toma de conciencia de las personas que en un momento de su vida devienen en “padres”, conducirá a que la tarea de educar sea cada vez menos problemática y más placentera. Porque educar hijos es la obra más grandiosa que podemos emprender como seres humanos. En ella comprometemos nuestros ideales, nuestra trayectoria, nuestros aprendizajes, nuestras tradiciones. Y aquí estoy refiriéndome al concepto de “compromiso”. Porque en el compromiso, me expongo, con todo lo que

soy y todo lo que deseo ser. Y a veces esto nos puede llevar a un sentimiento de “presión”, como nos presionan tantas otras exigencias en nuestra vida. Nos exigimos “rendir” de modo perfecto como padres. ¿Es esto posible? Seguramente no. En la búsqueda de la perfección es donde cometeremos más errores.

En la tarea de ser padres es donde más deberemos improvisar. No hay reglas fijas. No hay recetas. Nos vamos a equivocar una y cien veces. Y siempre podremos rectificar. Volver para atrás. Reconocer que algo no hicimos bien. Escuchar propuestas. Aprender de las experiencias de quienes nos rodean. Consultar en caso de dudas.

Cuanto más pronto estemos en condiciones de corregir nuestras acciones, más fácil y menos dolorosa será su resolución.

No dejemos pasar ninguna oportunidad, aún desde los primeros días de vida de nuestros hijos, para mantener una coherencia en nuestras actitudes, para manifestar nuestros afectos, para brindarnos con espontaneidad, sin esquemas prefijados, acordando con nuestra pareja, respetando y escuchando. De a poco iremos sintiéndonos más seguros, más preparados, con menos miedos y presiones para ejercer nuestra misión, no sólo como padres sino especialmente como personas libres que somos. Elijamos la libertad. Pero elijamos la libertad desde la responsabilidad. Elijamos decir “no” en cuanto algo sea “no”. No esperemos a “que entiendan”. Los bebés comprenden, perciben, intuyen. Necesitan consignas claras, definidas y lo que es más importante, fundamentadas. Todo tiene que tener un por qué. Nuestros hijos tienen derecho a saber por qué. Nada debe parecer un capricho. Así será más fácil que también ellos sean menos caprichosos. Expliquemos. Entendamos la vida para poder ayudarlos a que también la entiendan.

Desde que tenemos un hijo, ya no estamos solos para aprender.

Aprenderemos con ellos y para ellos. Descubriremos el mundo, y “probaremos” nuevos modos de comunicarnos, así como nuestros hijos “probarán” todo lo nuevo que les iremos ofreciendo. Dejemos atrás lo que nos asuste, lo que nos haga creer que no podemos. Pensemos en la maravillosa aventura de crecer juntos. Vale la pena.

Lic. Teresa Glikin